

# Esmeraldo:

VERSIÓN ELECTRÓNICA

Núm. 3, *por Manolo Martínez.*  
Invierno del 2003-2004.

Super Mario 64 Crítica de un videojuego.....	pág.2
Coplas de pie quebrado.....	pág.9
Cuál es la palabra. Entrega tercera.....	pág.12
Los Ahogados. Epigramas.....	pág.18

# Super Mario 64.

## CRÍTICA DE UN VIDEOJUEGO

Desde Super Mario 64, los juegos de Mario se desarrollan en 3 dimensiones. Los jugadores vemos lo que le pasa a Mario a través de una cámara que lo va siguiendo, flota detrás suyo mientras él se mueve (no siempre detrás: cuando Mario cambia bruscamente de dirección, la cámara, que no sabe hacia dónde va y gira más lentamente que él, tiene que dedicar unos segundos a buscar su espalda; gracias a eso conocemos a Mario en otros ángulos) y lo graba todo.

A resultas de esta novedad, ha cambiado también la manera en que se desarrollan los acontecimientos cuando Mario, debido a la impericia de quien lo controla, cae al vacío. Antes de Super Mario 64, simplemente desaparecía de la pantalla por el borde inferior, se perdía una vida y el jugador tenía que volver al último punto de control. Ahora, sin embargo, la cámara continúa grabando detrás de Mario. Debe notarse que esto no es el resultado de una decisión de los programadores sino la consecuencia inevitable de la manera de filmar descrita más arriba: la regla es que nosotros seguimos a Mario donde quiera que vaya; si se cae no tenemos más remedio que quedarnos a verlo. Por supuesto, al cabo de unos segundos se sob reimprime un texto: “Game Over”, y se vuelve al último punto de control, pero ahora ya sabemos que Mario se ha perdido sin remedio en un abismo insondable. Tenemos una dimensión más, de 2 a 3, y a cambio hay que responsabilizarse del destino atroz de Mario. ¡Sin dramas, no obstante! Por lo que se nos muestra, Mario extiende los brazos tan sólo, y se hunde en el vacío lanzando una encantadora exclamación de vértigo y cosquillas.

Cuando deja de gritar pasados unos segundos, y una vez se ha acostumbrado superficialmente a la situación, Mario se gira, estira el cuello y mira hacia arriba. Ya no se divisa el pretil en el que ha perdido pie; ni siquiera los fundamentos rocosos de su mundo. La noche le rodea por completo. A todo lo más, le parece intuir una transparencia por encima de su cabeza: es lo que queda del soleado día de invierno que hace sólo medio minuto calentaba sus mejillas. Mientras la luz se aleja vertiginosamente, Mario mira hacia arriba, hacia el cielo que ya es sólo otra negrura apenas menos absoluta. Caer, para Mario en estos instantes, es mirar hacia arriba y permanecer justamente donde la caída le ha dejado: en un negro menos absoluto por encima de su cabeza y en tres sensaciones parásitas que deberán desaparecer tras haber ocupado, brevemente, todo su espacio mental:

Una sensación es el recuerdo del vértigo que ya no siente (las cosquillas, la sequedad de garganta tras el grito y unos terribles pinchazos cuando traga saliva que sospecha concomitantes con una afonía total; todo como una banda plástica entre su cuerpo y aquel pretil, que se estira blandamente metro a metro, que sólo le sostiene en el sentido de que le pone el pretil, por así decirlo, en el estómago mientras cae).

Otra sensación es el recuerdo del apoyo perdido en la planta del pie derecho (“recuerdo” por referirse a él de algún modo; no es tanto memoria como una sensación paralela a aquélla que obliga a Mario a lavarse las manos tras haber acariciado un perro: no las tiene sucias, pero nota una reverberación en la punta de los dedos; o a aquélla por la que sabe que ha dejado la gorra a su lado en el sofá cuando se recuesta para hacer la siesta: no es el recuerdo de haberla dejado allí, es una sensación de cosa en sofá que no debe aplastarse).

La tercera sensación, finalmente, es la repetición mental del patrón muscular que no se ejecutó correctamente (esto es, el traspies que trasladó la torpe secuencia de teclas del jugador a las piernas de Mario y que ahora superpone sus vectores a la habitual transparencia de los músculos, como si se hubiera trazado un surco en el continuo de los movimientos posibles). En eso piensa durante los primeros minutos: el traspies, el recuerdo del apoyo, el recuerdo del vértigo, lo que queda de día por encima de su cabeza. Por decirlo otra vez, quizá no piensa en sentido estricto, sino que estar cayendo se le calcula a Mario, espontáneamente, de esas cuatro maneras. Todo está

transcurriendo tan rápido que no se escucha pensar; tiene que pasar todavía un rato repitiendo el traspies en su memoria muscular, atendiendo al eco del apoyo perdido en la planta del pie derecho, alejándose del vértigo como se aleja del pretil. Inevitablemente, el eco se va apagando, el traspies se aplana hasta volver a fundirse con sus piernas y el vértigo se ha vuelto un punto sin dimensiones en algún horizonte (pero es llevar la analogía demasiado lejos; el vértigo desaparece: eso es todo). Es ahora, por fin, que se recupera lo suficiente como para pensar la frase “¿Qué puedo hacer?”. Se da cuenta de que todo este tiempo ha estado dando manotazos en el aire, como buscando un asidero. Perplejo, deja de moverse. La cámara, que ha tenido que mantenerse a distancia para no recibir un golpe, se acerca un poco más y gira con lentitud hasta enfocarle la espalda y la nuca, inmóviles.

Decide quedarse quieto ya, total para qué sirve moverse. No va a moverse más. Será un fardo que cae, dignamente. Nota un picor en la rodilla, y se la frota con la mano enguantada. Entonces, por la brusquedad del movimiento, se le sale la gorra y se estira rápidamente a recuperarla, pensando horrorizado que se va a quedar atrás y la va a perder para siempre. La gorra, en realidad, cae a la misma velocidad que él, y se mantiene a su altura. La mira sorprendido y, lentamente, se la vuelve a poner en la cabeza. La otra rodilla es la que pica ahora, vuelta a coger la gorra, se desabotona el peto, se agita y gesticula. Intenta volver a gritar (“It’s a-me, Mario!”) y le sale un graznido ahogado, un chasquido. Se detiene a recuperar el aliento, sudoroso, y vuelve a empezar a tocarse y a abotonarse el peto. Durante algunos instantes, duerme.

Mario pasa las horas incómodo, cambiando de postura. Ahora todo es negro por igual, sin transparencias, y le resulta difícil mantener la convicción de que cae, contra la sospecha de que si flotase sería todo lo mismo. Sin embargo, con un esfuerzo de voluntad, aún es capaz de hacer como que el espacio que ocupa no es el mismo que ocupaba un instante antes, e incluso sentir que le parece que gira sobre sí mismo (y la cámara tiene que tomar decisiones rápidas sobre si tomarse esa sensación en serio o no).

Todavía está esperando algo. Si bien es cierto que cada instante de negrura es una confirmación de que sólo puede esperar negrura en el futuro, también es verdad que un solo cambio

cancelaría instantáneamente la fuerza de todas las confirmaciones anteriores. Mario se aferra a esta manera escéptica de entender el principio de inducción, y espera algo, cambiando de postura, convenciéndose de que está cayendo, y de que gira sobre sí mismo de vez en cuando. Le viene a la memoria de repente el escenario alpino de su última aventura. Se le hace increíble que pudiera haber otra cosa aparte del negro impenetrable en el que flota, pero sí: él estuvo allí, entre los refugios de madera y los toboganes nevados, esquivando pingüinos y dando saltos mortales. Piensa que procurará estar recordando exactamente eso en el momento del impacto. Una cosa al menos está clara: caer es ser atraído por una masa mucho mayor, así que todo el tiempo que lleva cayendo está simplemente cubriendo la inabarcable distancia que le separa del suelo. Entonces vendrá el contacto y una sensación



instantánea, un chasquido, y ya nada. Reprime una exclamación (pero a saber si hubiera podido exclamar nada con esa garganta): Es verdad, su insistencia en que está cayendo, que le parecía la posición más digna en su situación, le condena a matarse despeñado. Lo otro, lo de flotar, es levemente ridículo sin duda, pero le deja tiempo para pensar en las dos alternativas que tiene. Una: seguir esperando, pero lo que espera es chocar contra un suelo, y dos: decidir que flota y dejar de esperar nada. Pero el atractivo de las alternativas no puede influir en su decisión. ¿Flota o no flota, cae o no, impactos aparte? Tiene que pensarlo.

Sí: pensar. Según parece, podrá dedicar mucho tiempo a discurrir sobre las grandes preguntas. Así que, aunque parta de una base de premisas inconsistentes y de un modo de razonar tosco, llegará por fuerza, por la misma combinatoria del vocabulario mental, a las conclusiones últimas de los últimos científicos. Una vez habiendo replicado la historia de la ciencia en su cabeza seguirá pensando más allá, hasta poner en crisis todos los resultados conocidos y sustituirlos por otros nuevos que serán verdaderos y que provocarán cambios auténticos en las cosas mismas; resultados que le sacarán de allí, porque le ayudarán a demostrar que en realidad sigue recogiendo estrellas de colores en algún escenario encantador, luchando contra enemigos que dan risa y que, antes de desaparecer, le guiñan el ojo, sonriendo sin que lo vea la cámara, y le dan monedas y comida, en un bosque tropical, en un barco hundido, en lo alto de un castillo, encaramado al pretil de un puente. Ah, el pretil. ¡A pensar, a pensar! Veamos, cómo se empieza: “Yo soy Mario” le suena bien como punto de partida de un sistema de pensamiento. “Yo soy Mario”, “yo soy Mario”...

Una cierta semana ha estado dos o tres días sin dormir porque no podía parar de abotonarse y desabotonarse el peto.

En un momento que no sabemos cuál es –casi podríamos decir “acto” seguido, si fuera un acto- deja de flotar y de estar cayendo. Pero, en efecto, no es un acto: la espera se le va convirtiendo poco a poco en estar en el mismo sitio sin hacer nada, olvidado de que hubiera estado esperando. Mario no lo sabe: lo que hace ahora no es no-esperar y flotar, sino estar en un sitio sin hacer nada y sin ninguna relación con la espera o la no-espera, el flotar o el caer; nadie ha pasado de esperar a

no esperar. Ahora, ni se sabe cuánto tiempo después de su despiste en el pretil, Mario sigue repitiéndose “Yo soy Mario” de vez en cuando, intuyendo oscuramente que esa frase es, como una fórmula mágica, el comienzo de algo que tiene que ayudarlo. ¿Ayudarlo a qué? No lo recuerda.

Mario se masturba cada pocas horas, y tiene que acabar desistiendo de intentar esquivar los chorretones de semen que flotan a su alrededor. Cuando se duerme, o simplemente deja de atender -y esto ocurre con frecuencia- las eyaculaciones más recientes, aún frescas, se le pegan a la ropa. A veces, de forma a medias consciente, las busca con la boca abierta y se las traga. Cuando cae en la cuenta de lo que está haciendo, fuera de sí, se golpea la cabeza con los puños, se quita los guantes y se araña la cara hasta sangrar. La sangre salpicada va a mezclarse con el semen, y ahora Mario está rodeado de lo que, a la luz, se vería como globulos tornasolados, blanquirrojos, que se oxidan hasta parecer frutos secos japoneses. Lloro amargamente largo rato, pero también se cansa de eso y acaba permaneciendo en silencio, con los brazos cruzados y los guantes flotando delante de la cara.

Lleva muchísimo tiempo de una manera o de la otra: primero decide pensar, luego espera el impacto contra el suelo, se araña la cara, se olvida de todo y vuelve a empezar con todo. No ocurre en ciclos perfectos, ni mucho menos. A menudo se araña la cara durante días, años, un abrir y cerrar de ojos; o piensa y piensa una sola frase sin equivocarse ni una sola vez. Pero ahora estira las manos hacia atrás y coge la cámara, que no lo ha visto venir y no ha tenido tiempo de escaparse. Abre la boca y roe el objetivo hasta desencajarlo. Entonces muerde y

El otro día me encontré un e-mail impreso, al lado del ordenador que el hotel en que me hospedaba pone a disposición de los clientes interesados en conectarse a internet. Lo transcribo y traduzco a continuación:

De : Alastair Norton [anorton@XXX]  
À : Cathy B  
Cc :  
Objet : Re:Andrew

Pièces Jointes:

This is thought to be an autoimmune disease and for some reason it attacks the nerve cells. It is probably transient this may follow a viral type disease. that is about all I know about this disease. alastair

Cathy Beale wrote:

alastair  
pete called this am as andrew is in intensive care:  
muscel [sic] weakness; cannot stand up:  
strep throat but no fever  
maybe Guillon Berret [sic]  
what can you tell me about Guillon Berret  
respond to

i am in a panic

De : Alastair Norton [anorton@XXX]  
À : Cathy B  
Cc :  
Asunto : Re:Andrew

Pièces Jointes:

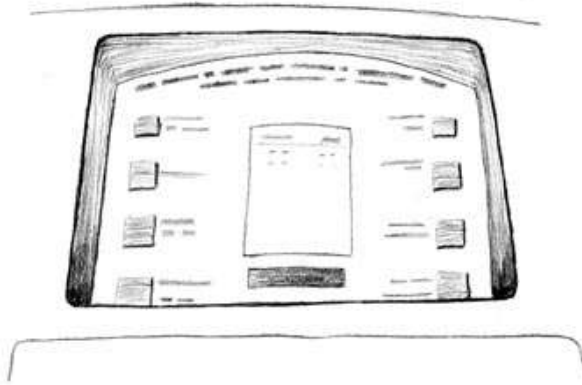
Se cree que es una enfermedad autoinmune y por alguna razón ataca las células nerviosas. Probablemente es transitoria puede ser consecuencia de una enfermedad de tipo vírico. eso es más o menos todo lo que sé sobre esta enfermedad. alastair

Cathy Beale escribió:

alastair  
pete llamó esta madrugada para decirme que andrew está en cuidados intensivos:  
debilidad muscular; no puede levantarse:  
faringitis estreptocócica pero sin fiebre  
quizá Guillon Berret  
qué puedes decirme sobre Guillon Berret  
responde a

estoy muerta de miedo





Hoy he ido hasta el mercado  
Y he comprado algo de fruta,  
Todas las clases que había  
Pero muy poca de cada.  
Mi amiga bebe en la fuente  
Y se seca con el dorso  
De la mano.

Luego, cargando las bolsas,  
He caminado hasta casa.  
Las he puesto en la encimera  
Y me he lavado las manos.  
Mi amiga baja hasta el río  
Y se refresca la nuca  
Con el agua.

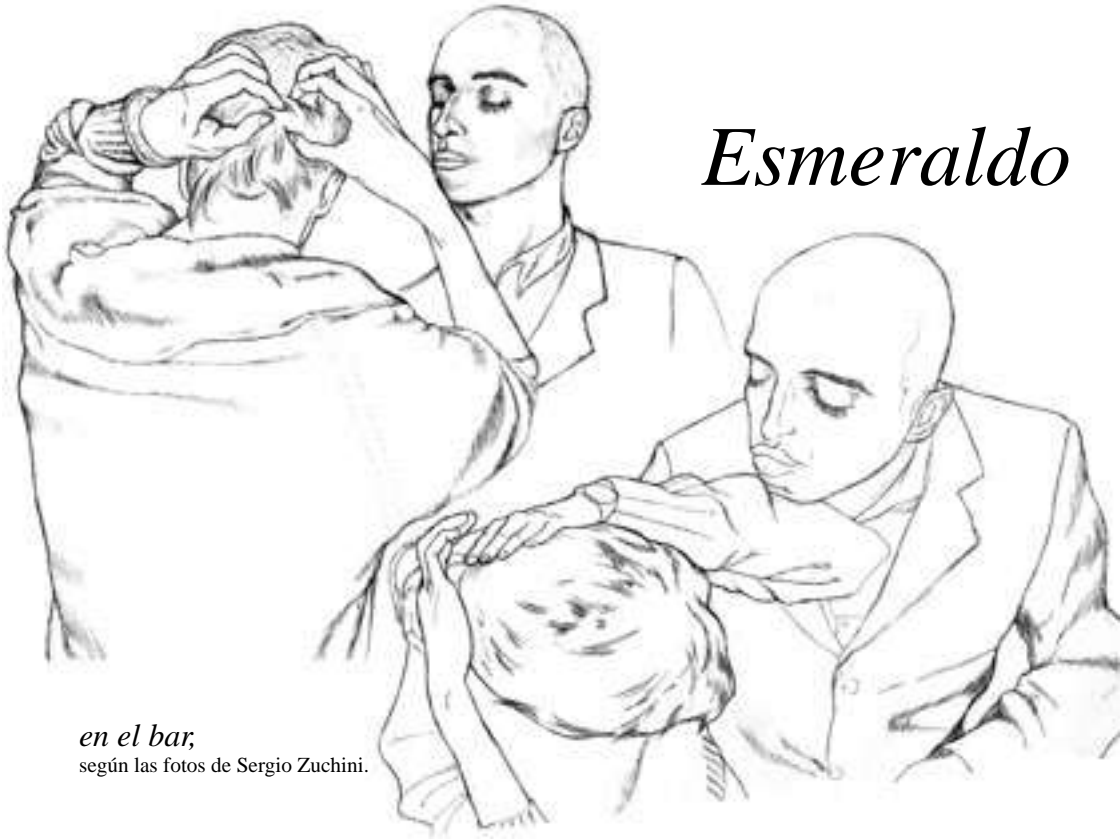
He enjuagado las cerezas,  
Una a una, y las he echado  
En un cuenquito de loza  
Después de sacar los huesos.  
Mi amiga va por la calle  
Y todo el mundo la mira,  
Me parece.

También he pelado un plátano,  
Dos kiwis y dos ciruelas  
Y lo he puesto todo junto  
Dentro de la batidora.  
Mi amiga sale del metro,  
Y parpadea un momento:  
Es el sol.

He echado un litro de leche  
Diez cucharadas de azúcar  
Tres puñados de orfidales  
Y un chorrito de Don Limpio.  
Mi amiga entra en una Caixa y  
Toca la pantalla táctil  
Con el dedo.

Lo he batido hasta dejarlo  
Como un líquido homogéneo.  
Lo he olido, lo he tirado  
Por el desagüe, y ya llega  
Mi amiga, que abre la puerta  
De mi casa con su llave:  
“Hola” “Hola”.

# *Esmeraldo*



*en el bar,*  
según las fotos de Sergio Zuchini.

# Cuál es la palabra.

RESUMEN DE LO PUBLICADO:

## *Entrega I:*

*Oriol hablando con Alicia, en el  
Café Torino. No sabemos de qué.  
Él, según como se mire, sí lo sabe.*

## *Entrega II:*

*Helena está en su despachito.*

*Oriol (se mete un pisapapeles en el  
bolsillo) está en la habitación de  
Carlos.*

*Carlos está en su habitación con  
Oriol.*

*Celia está en una especie de bar, al  
lado de la playa.*

*Gerardo está con Celia (viven en  
un pueblo de veraneo “todo el  
año”).*

*Gerardo ha hecho una entrevista de  
trabajo y tiene, o no, razón sobre  
algo que tiene que ver con el zumo.*

*Gerardo y Celia compran en el  
supermercado pasta, salsa y vino:  
una cena.*

*En la mercería no hay nadie.*

## ENTREGA TERCERA

Carlos y Oriol se han despedido ya de Helena. Están ahí, donde estaban, en el cuarto de Carlos en la Rimini: una cama, una mesa de estudio con un ordenador encima y la estantería a la que se acerca, otra vez, Oriol. Es un gesto desprovisto de intención, no significa que busque un libro u otra cosa. Oriol ya sabe lo que hay en la habitación de Carlos. Se planta allí y lee los lomos ladeando la cabeza a un lado u otro según el sentido en que están escritos los títulos. Cuando llega al final de la fila se queda así, con la cabeza colgando hacia el último lado que le ha tocado y los brazos en jarras. Carlos, mientras, maximiza y minimiza ventanas moviendo distraídamente el cursor, teclea “asdfg” en el editor de texto y lo agranda hasta cuerpo 72. Se está haciendo de noche.

-¿Qué hacemos?- pregunta Oriol, sin volverse.

Carlos sigue moviendo el cursor y se encoge de hombros:

-Hablar no, ¿verdad? No sabemos.

-Me refería a yo qué sé. Ya lo hemos comentado alguna vez - dice Oriol, volviéndose para mirar a Carlos.

-Eso sí: te referías a tú qué sabes. -Carlos se estira, y se levanta de la silla - Me hago de cenar. ¿Te quedas?

-No, casi voy a bajar al centro. -Oriol rebusca en el montón de ropa que hay a los pies de la cama y, en el tiempo que Carlos ha tardado en poner los brazos en jarras y ladear la cabeza frente a la estantería, se incorpora con una cazadora en la mano. -A ver si hago algo, o algo.

-Bueno.

Oriol sale y cierra la puerta. Carlos permanece unos instantes delante de la estantería. Entonces, con un levísimo sobresalto, recuerda y oye por primera vez cómo se ha cerrado la puerta al salir Oriol. Gira un cuarto de vuelta sobre sí mismo sin motivo alguno y, al quedar encarando su mesa de estudio, se inclina sobre ella, selecciona la ventana del procesador de texto

y lee: “asdfg”. Piensa, ¿Por qué no significa nada todavía, “asdfg”? A fuerza de teclearlo repetidamente en el ordenador es cualquier cosa menos una cadena de caracteres cualquiera –piensa, ¿O “cualquiera”, cuál es la idea más interesante de las dos?-. El uso hace los significados; las palabras ocurren en la vecindad de las cosas que nombran: eso es todo lo que pasa. Pues bien, “asdfg” debería estar significando ya esta manera en concreto de perder la tarde: delante de la pantalla, maximizando y minimizando ventanas, y cada ventana un proyecto de actividad que se sepulta tras otras ventanas: el resumen de un tema a medio empezar, porque vamos a hacer resúmenes de los temas mientras los estudiamos y de esa manera tener más capacidad de síntesis y luego una colección utilísima para el repaso cuando lleguen los exámenes; la página personal de Timothy Williamson con sus artículos en pdf, y uno de los artículos abierto ya también, porque se debe comprender su solución de la paradoja de sorites, que quizá muestra paralelismos con unas ideas que Carlos tiene pensado desarrollar algún día; entonces leer las críticas de la película que se vio ayer, y la página de una tienda virtual de dvds que se abre por un movimiento simpático: “críticas” va con “dvd”; en ese momento suena (o se recuerda, como el golpe de la puerta al salir Oriol) una canción y es necesario descubrir de quién es, y bajarse el disco entero; el disco no aparece, así que se busca y se busca hasta que, por fin, alguien lo tiene, perfectamente indizado y a una resolución adecuada y se empieza a descargar con satisfacción; la satisfacción se nota gratuita, de pronto: todo eso no es lo que se estaba haciendo. (En ese momento, Carlos se levanta y se vuelve a poner delante de la estantería, a ver lo mismo de siempre, los mismos libros y entre ellos los que no ha leído pero cómo va a leer ya, si sólo son esa mancha en su campo visual al ponerse delante de la estantería, un decorado de cuando se pierde el tiempo, que no lleva consigo la posibilidad de alargar la mano y cogerlos, y mucho menos abrirlos y leerlos; que son el aspecto exterior de la pesadez de cabeza y estos remordimientos debilitados por la repetición, donde nada remuerde sino que apenas fatiga un poco; a ver también las sombras entrando por la ventana y creciendo sobre los lomos de los libros y un sobre que hay, posado sobre dos de ellos, porque todo esto pasa siempre al caer la tarde: a mediodía, cuando se vuelve de la calle, aún hay esperanza de aprovechar el tiempo, las ventanas se maximizan

sin dudar, los papeles se esparcen por encima de la mesa con gestos amplios y si uno se pone con los brazos en jarras delante de la estantería es para descansar la vista antes de ponerla a mirar, uno tras otro sin descanso, todos los asuntos de una tarde de actividad frenética; ahora que, a saber dónde estará el pisapapeles). Lo que se estaba haciendo es comenzar a resumir un tema para su posterior estudio. Selecciona la ventana del procesador de texto y lee: “asdfg”. Piensa, Tendré que cenar algo, ya que se lo he dicho a éste.

Carlos ha calentado un paquete de salchichas de frankfurt y se las está comiendo en la sala común delante de la televisión. Los sábados no hay cocinero, así que cada uno compra y se prepara lo suyo. No obstante, el contagio y las modas hacen que todos acaben coincidiendo, y un mes el gran arcón refrigerador sea un vergel de bolsas de espinaca precortada y corazones de escarola para, al siguiente, cobijar un muestrario completo de transformados de carne de cerdo. Esa homogeneidad sincrónica, engarzada en un proceso irremediamente caótico que va de los vegetales a la pasta, se detiene durante dos meses en las bolsas de arroz Tres Delicias y luego sigue hacia las pizzas Cuatro Quesos, permite conocer al golpe de vista la antigüedad de la comida y (“¿pero esto de quién es?”) quién no ha cenado en la Rimini en los últimos fines de semana, en sus dos posibles circunstancias: el veterano que está ya más fuera que dentro y el novato que viaja cada viernes a la casa familiar porque aún vive allí en su fuero interno, vencido por la impresión que le causa el peso de todos los años previos al exilio en la capital sumado al de los dos días de cada siete que todavía pasa allí, y que hace (el peso) que acudir a la universidad y compartir una habitación de residencia parezcan un paréntesis insustancial en una vida que aún transcurre en los pasillos de siempre con los padres de siempre y unos posters colgados en la habitación o el imán de nevera que aprisiona, desde siempre, un cierto papelito. (Todo esto si lo que se saca del arcón no es un bistec de ternera en su bandeja de poliestireno: de eso siempre hay; más allá de los consensos espontáneos alrededor de este o aquel grupo de alimentos, la carne en filetes se considera innegociable y esencial).

La sala común no es el sitio previsto para cenar, pero en fin de semana nadie pisa el comedor. Incluso en las épocas de puré de Siete Verduras, la costumbre obliga a sentarse delante de la

televisión y equilibrar el plato hondo sobre las rodillas con una mano, la cuchara y el pan cogidos con la otra y una servilleta sobre el respaldo de la silla de delante. La televisión está encendida perennemente y, a pesar del desorden de horarios propio de los sábados, siempre se coincide con alguno de los veintitantos estudiantes que viven con Carlos en el abollado palacete que es la residencia de estudiantes Rimini.

La sala común siempre está en penumbra o quizá es que sólo se utiliza por la tarde y por la noche. (A mediodía está el comedor y las habitaciones de los estudiantes para hacer sobremesa y jugar a las cartas; la mañana no existe). Tiene rincones que no se visitan más que una vez al año, cuando se recubren todos los zócalos con papel de embalar para salvarlos de manchas en la Fiesta de Primavera (otra de las ideas incontestadas desde hace generaciones en la Rimini: se acepta con bonhomía que las paredes y los techos se echen a perder a golpe de aerosol de cuba-libre y vasos de cerveza vaciados por aspersión, pero los zócalos permanecerán por siempre impolutos porque para eso está el papel de embalar). Así, el hueco sombrío tras el mueble de la televisión es un limbo de chinchetas y capuchones de bolígrafo, y una superposición de cortinas descoloridas acota otro de esos puntos ciegos en la esquina más alejada de la puerta. En el resto de la sala, amontonamiento de sillas con el relleno reventado, un panel de corcho cubierto de convocatorias de reunión que se cancelan mutuamente y (el único papel que se renueva cada semana) la cuartilla con los responsables de vaciar la basura. Luego la televisión presidiéndolo todo.

Ahora mismo, en la sala común sólo están Carlos y uno de aquellos muchachos del sur de Tarragona, soñadores, somnolientos, todos con cuñados o primos segundos entre sí, que ocupan la mayoría de habitaciones de la residencia y son sin duda descendientes de los discípulos de algún tarraconense primigenio que aterrizara en la Rimini y la diera por buena. El muchacho mira a Carlos y, bostezando, le saluda:

-Hola, no te había visto.

Carlos dice algo pensando, ¿Dónde quiere llegar Oriol con eso? ¿A qué empeñarse en que no puede hablar, que no sabe? Eso se refuta a sí mismo con sólo formularse.

El muchacho suspira: -Ya ves, hasta que empieza el partido es

lo que hay.

Carlos le mira y le contesta mientras piensa, ¿Y además qué, si de lo que se trata es de sentarse en la mesa de la chica que esté sola en ese momento, o de pararse en mitad de la calle en plan: “preso de una repentina idea”, en plan: “hay algo que destruye mi pensamiento”?

-¿Qué cenas? ¿Salchichas?

Y Oriol sabe todo esto, “ya lo hemos comentado alguna vez”. Se da perfecta cuenta, es imposible que se tome en serio esas gansadas sobre el decir. Más que nada, es imposible que las diga en serio. Nadie se toma en serio una excusa para conocer chicas o para pararse en mitad de la calle.

-Ahora me voy a hacer yo también unas. –el muchacho acerca la nariz al plato de Carlos- Tú no las fríes; pues, xeic, fritas es como están más buenas.

Eso en cuanto excusa, claro. A ver si Oriol está pensando algo así: no me lo tomo en serio en cuanto excusa, pero luego está la lógica interna de la excusa, que va por libre, y si uno quiere hacerle justicia, muy bien: el concepto de libre albedrío es incoherente. Pero esa incoherencia no es experimentable; piénsala o haz lo que quieras con ella que en ningún caso la estarás viviendo.

El muchacho vuelve con un plato de salchichas y se sienta al lado de Carlos. Carlos le mira y dice: -Lo que tengo ahora ganas de probar es unas cosas que anuncian que se llaman Rellenitos.

-Ah sí, lo he visto: ¿sale una vieja haciendo kung-fu con un pollo y al final le tumba metiéndole un puñado de aceitunas en el gollete?

-Ése mismo –contesta Carlos. El resto de habitantes de la Rimini empieza a bajar a la sala común, a tiempo para el partido. Carlos va a verlo y luego, por la noche, acabará el resumen del tema, sin más excusas.



# Los Ahogados.

## EPIGRAMAS

Si forma parte del contenido del concepto de ‘ahogado’ que el término se refiere a alguien que está muerto, entonces es redundante hablar de ahogados muertos, y contradictorio hacerlo de ahogados vivos. Si no, entonces no.

Pregunta: ¿Esto quién lo decide? Respuesta: el Lexicógrafo Divino.

\*\*\*

¿Es concebible que una piedra piense? Lo que se pide concebir es que las piedras que nos rodean, los guijarros del jardín, los pedestales de las estatuas, mantienen un monólogo interior, silenciosamente y en total desconexión con nosotros y entre ellas. No lo vemos, no lo oímos, no deja trazas en el entramado causal del mundo; pero ahí están, pensando furiosamente en sus asuntos de piedra.

\*\*\*

Todos debajo de agua, unos perplejos, otros hartos, o maravillados. Los hay aterrorizados, místicos, convertidos, vengativos. Los que han perdido los ojos no ven nada. Los que han perdido la piel no notan nada.

\*\*\*

Respira hondo y aguanta el aire todo el tiempo que puedas.  
Uno, dos, tres, ¡ahora!

\*\*\*

El Lexicógrafo Divino ha decidido que “ahogado” es un muerto por asfixia.

Hay uno en la mesa de autopsias. Se cree que ha muerto ahogado pero él sabe que no, que un coágulo le taponó una arteria cerebral segundos antes de que se le acabaran de anegar los pulmones. Si lo descubren, se acabó todo. Si no, vivirá para

siempre. No quiere ni pensar en qué pasará si hay división de opiniones entre los forenses.

\*\*\*

El Lexicógrafo Divino ha decidido que “ahogado” es un muerto cubierto de agua.

Otro de ellos embarranca en la playa. Baja la marea y, al dejar de ser un ahogado para ser un muerto de tierra firme, deja en ese mismo momento de pensar. Cuando sube la marea otra vez, vuelve a ser un ahogado y piensa, cuando baja la marea es un cadáver normal y no piensa. Su vida mental salta de marea alta a marea alta, sin que él note los intermedios entre una marea y la siguiente.

No obstante, se sabe en una playa, e intuye que el que siga pensando depende de que se le pueda llamar “ahogado”: se pasa los años temiendo que baje la marea y dando gracias porque no acaba de bajar nunca.

\*\*\*

Está gritando con todas sus fuerzas, golpeando con los puños, rascándose con el coral, arañándose la cara hasta llegar al vómer.  
¿A que no lo parece?



## *Esmeraldo, núm. 3:*

Nota:  
Los Ahogados (Epigramas)  
aparecen por cortesía de  
Ediciones de la Niña Gótica  
<http://www.lacabeza.net>

Redacción: [manolo@astrohungaro.com](mailto:manolo@astrohungaro.com).  
Ilustraciones: [ballesteros@astrohungaro.com](mailto:ballesteros@astrohungaro.com).  
Maquetación: [genis@astrohungaro.com](mailto:genis@astrohungaro.com).

Un producto de Austrohúngaro.  
<http://www.austrohungaro.com/esmeraldo>